

proporcionadas á sus grandes culpas en castigo de esa audacia que habra colmado la paciencia del Señor.

—Verdaderamente, añadió el segundo cardenal despues que hubo Su Santidad concluido, verdaderamente no puede comprenderse la ceguera de aquellos que todavía están alejados del redil y de su pastor. Cristo acaba de hacer un milagro patente para mostrar al mundo como está siempre en comunicacion estrecha con su Iglesia. El Oriente, tocado de un orgullo parecido al orgullo de Satanás, separóse por completo del Occidente católico, cayendo en el infierno de la heregía. El César Bardás, de perversas ideas porque bebia su ciencia entre los árabes; y de perversísimas costumbres porque vivia amancebado con su propia hijastra, despues de haber querido apuñalar á Ignacio, Patriarca legítimo de Constantinopla, que le reprochaba aquellos desmanes, le envió á lejana isla, nombrando para reemplazarle un complaciente sofista, capaz de ceder á sus heregías y sus vicios. El demonio puso en este alumno suyo, en el infame Phocio, todas las seducciones imaginables, riqueza, gracia, sabiduría, elocuencia, para que tentara á un mundo entero y lo perdiera como su malignidad perdió á nuestros primeros padres en el primer Eden. Todo un caballerizo de las cuabras imperiales pasó á gefe de la Iglesia griega por arbitraria voluntad de un tirano, enteramente falto de propias luces y de ajenos consejos. Y se queria que Roma confirmase este odioso nombramiento. Los legados del Papa fueron comprados en Constantinopla, que intentó comprar despues al Papa mismo. Pero no contaban con el Espíritu Santo, cuyas alas protejen la infalibilidad inmutable de su Iglesia representada por su eterna cabeza, el Soberano Pontífice. Y el Espíritu Santo habló por boca de Roma y condenó las heregías orientales. En vano un Emperador lujurioso, por casarse cuatro veces, reconoció un credo y un patriarcado maldecidos por la verdadera Iglesia de Dios. La unidad de doctrina quedó en Roma; y la Iglesia de Oriente apareció como una Iglesia cismática. Tras seiscientos años el cisma cae, y el Emperador vuelve á nuestro regazo, y el Patriarca de Constantinopla muere, dejando en festamento las mas claras verdades del dogma y el mas explícito reconocimiento de la Iglesia como un legado divino á todos los fieles; y bajo las bóvedas de Santa María dei Fiori se lee el Evangelio de Cristo en griego y en latin, se canta el simolo de Nicea reconocido por todos, se cambia el beso de paz entre dos Iglesias cristianas que forman ya una sola desde el Oriente al Ocaso.

—Y en estos tiempos de verdaderos milagros, añadió Eugenio, descritos por vuestra elocuencia con tanta verdad, pretenden imponernos una jurisdiccion superior á la verdadera jurisdiccion soberana, cuando tan clara hemos visto la divina gracia sobre nuestra persona y nuestras decisiones. Dícesenos desde las orillas del Rhin por una turba de ambiciosos, rebelados en la Santa Iglesia de Basilea, que no podemos excomulgar y ellos sí, como

CAPITULO IV.

Súplicas de un laico y escrúpulos de un Papa.

Al día siguiente del Concilio, se encontraba la santidad de Eugenio IV en su cámara de Santa María Novella, convento transformado en palacio, muy satisfecho de haber venido á meditado acuerdo con la Iglesia griega, cerrando el cisma de Oriente con definitiva concordia. Junto á magnífica mesa, bajo dosel de brocado, en silla verdaderamente imperial, destacábase su majestuosa figura radiante de alegría; y en torno, de pié, agrupados segun sus gerarquias, véianse varios cardenales de la Santa Iglesia Romana, con los rojos mantos de púrpura, las sotanas de seda, tambien rojas, sobre las cuales resaltaban los blancos roquetes de finísimos encajes que les caian hasta las rodillas, dando indudablemente con su presencia solemnidad verdadera á la figura principal del aquel acabado cuadro. La conversacion versaba sobre el asunto del día, sobre los Concilios rivales, asunto enlazado con la paz de la Iglesia y con la disciplina del clero.

—¿Qué dirán ahora los Padres de Basilea?

Preguntaba el cardenal más cercano al Papa, despues de haber oido las exaltadas palabras de éste sobre los beneficios guardados para la Iglesia en el Concilio de Florencia.

—Digan lo que quieran, respondió el Papa, cuando un Concilio ecuménico, sin igual desde los tiempos del segundo de Nicea acaba de hablar, solamente toca y corresponde á los verdaderos católicos doblar las voluntades y las inteligencias al par de las rodillas y de las frentes. Si persisten los Padres de Basilea en su rebeldia, á los rayos divinos que les he lanzado, en nombre y por inspiracion del Espíritu Santo, seguirán grandes calamidades

si la delegacion de Cristo mismo no estuviera en nuestra persona, y en nuestras manos las llaves del cielo. Cuando los he llamado á Ferrara á fin de que á Nos se unieran sumisos en la obra de reconciliacion entre las dos Iglesias, hánse resistido á pesar del voto expreso de nuestros legados y del acuerdo de una parte de sus cofrades. Y han desconocido los Concilios ecuménicos de Ferrara y Florencia; y han citado á comparecer en Basilea, como si fuera un criminal cualquiera, al gefe de la Iglesia, desacatando de esta suerte al Espíritu Santo y por consecuencia á toda la Santísima Trinidad. Nos atizarémos pronto el fuego de la Inquisicion bajo sus plantas hasta que atizen los ángeles de las tinieblas el fuego del infierno para sus almas, pues no podemos perdonarles, á pesar de nuestra mansedumbre y nuestra misericordia, que venidos los orientales de tan remotas tierras á occidente nos hayan hallado rotos por estas disensiones y acongojados por estas penas; y que, al irse unidos á nosotros en espíritu y doctrina, nos dejen mas divididos y mas enconados que nunca. El rey de Francia y el Emperador de Alemania sostienen á nuestros enemigos empeñados en erigir Iglesias dentro de las cuales no quede ni una sombra siquiera de la autoridad de Roma. Inútilmente nuestro cariñoso hijo el rey de Aragon ha movido al sabio arzobispo de Palermo á que defendiera nuestra Iglesia y á Nos en admirable arenga. Juan de Segovia, en su respuesta, llevó la desvergüenza hasta llamar herege á nuestra sagrada persona. Y como un prelado le interrumpiera, han puesto al interruptor de rodillas en medio del Concilio, durante toda una sesion, como á niño de escuela, dándole á beber y apurar las amarguras y las ignominias que los judíos á Cristo en el pretorio. Y el arzobispo de Burgos ha llegado hasta la demencia de querer probar la del Concilio sobre mi autoridad, no solo por textos más ó menos adulterados de los Santos Padres y por cánones más ó menos fingidos de la Santa Iglesia, sino tambien por sentencias de un pagano, por sentencias de Aristóteles. Mas aun no acababa de cometer la culpa cuando ya tenia encima la pena. Su discurso comenzado con abundosa elocuencia fué interrumpido por una falta absoluta de memoria. Las rechiflas llegaron á tal extremo que la Santa Iglesia de Basilea parecía un circo de titiriteros, y el Concilio una compañía de bufones. Creeríase que todo estaba ya bastante profanado. Pues no, las cosas han llegado más léjos. Tomás de Corcellis pronunció un discurso horrible contra Nos y contra la autoridad por Nos recibida del cielo. Y al llegar á lo más furioso y más desatentado de tamaña perorata citó estas palabras de San Lucas, al capítulo veintidos, versículo treinta y dos; «he orado por vosotros, á fin de que no desfallecais en la fé, decídselo á la Iglesia,» pretendiendo que Nos no escuchábamos estas oraciones, y por tanto debíamos ser considerados como pagano, como relapso, como caído de nuestro sόlio altísimo, el cual tiene por superior únicamente en lo creado y en lo increado el sόlio celestial. Y como algunos de aquellos á quienes todavía

queda sentimiento de caridad negáran que tales palabras pudiesen aplicarse con propiedad á nuestra sacratísima persona, volviόse airado y dijo que cuantos me eximian de su aplicacion inmediata, ó eran cortesanos dispuestos á hablar así por sentimientos de adulacion y por apetitos de lucro, ó eran embusteros empeñados en discutir por tenacidad y por ignorancia. Al oír tal lluvia de injurias no reprimidas por quien dirigia la discusion, los injuriados se ponen de pié y comienzan á protestar á gritos y gestos y exclamaciones contra los injuriosos en ruidosísima algarabía; y mientras los embajadores de los reyes y potentados europeos detienen con sus brazos á tales energúmenos, verdaderos combatientes, con más aires de soldados que de apóstoles; el patriarca de Aquilea y el arzobispo de Palermo, cerrados los puños, espumosas las bocas, encendidos los ojos, temblorosos de rabia los cuerpos, se maltratan, y hieren á sendos golpes, comprometiendo á todos en los azares de tal irreverencia; rayana con guerra que hubiera podido ensangrentar aquel piadosísimo sitio, si la Providencia no velara por los que han investido con la suprema dignidad del sacerdocio hasta cuando, olvidados de sí, indignos de su ministerio, y adscritos al vasallaje de las pasiones más desacordadas, la desacatan y la afligen. El término de todo esto ha sido una sentencia de excomunion lanzada sobre Nos, y que os ruego leais atentamente para persuadiros de la infinita audacia del hombre y de la infinita misericordia de Dios. Leed, leed, hermano mio, en virtud de mi mandato y por necesidad de obediencia.

«Gabriel.....»

Leía el cardenal encargado de esta lectura:

—Ya veis, me dan mi nombre de pila en vez de darme el santo nombre que para su glorificacion y la glorificacion de mi Pontificado me inspiró el Espíritu Santo.

—Excusad, Santísimo Padre, dijo el primero de los Cardenales, excusad á estos príncipes de vuestro sacro colegio y cardenales de la Santa Iglesia Romana la amargura de leer, ó de oír leer tales blasfemias, cuyos ecos entristecerán á los bienaventurados del cielo y regocijarán á las potestades del averno.

—Me llaman contumaz, exclamó fuera de sí Eugenio IV. Me deponen por virtud de una sentencia que usurpa su divina autoridad á los cielos y su ministerio á la muerte. Eximen á los fieles de toda obediencia. Lanzan los reyes de la tierra en persecucion de mi persona como los cazadores y los monteros lanzan los perros en persecucion de los jabalíes por el monte. Impulsan además las potestades infernales á empeñarse en esta guerra fundada sobre un pacto de exterminio con Lucifer y sus legiones. Me llaman usurpador, rebelde, perjuro, incorregible, cismático, hereje, simoníaco, malversador, indigno hasta de la humana compasion y reo irremisible de la divina justicia, á mí, á un elegido segun las constituciones y cánones de la

Iglesia; ocupante del s6lio Pontificio, asistido del Espiritu Santo cuyas blancas alas veo sobre mi frente, destinado por eleccion de la divina gracia á ver reconciliadas las dos Iglesias cristianas y depuestos á mis piés el báculo de los Patriarcas y el cetro de los Emperadores, por sucesor del ap6stol San Pedro y por vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

—Señor, dijo el segundo de los cardenales, vibre V. S. sus rayos y caigan todos al pié de vuestro excelso trono.

—Tanto mas, añadió el primero, cuanto que la paciencia divina ha comenzado á cansarse. Los ángeles esterminadores expedidos del cielo para descargar la ira celeste sobre estos nuevos Faraones y satisfacer la divina venganza, escondidos entre los giros del aire, acaban de exhalar su aliento de muerte, que se conoce por el veneno de la peste. Bien pronto serán todos envenenados, y despues de faltarles aquí el aire de la vida, les faltará allí la luz de la gracia. Ya los veo sobre sus mundanales lechos, donde se daban al placer despues de haberse dado en cátedras de pestilencia á la herejía, revolcarse entre dolores y sacudimientos terribles, lacerados de los piés á la cabeza, heridos en cada una de sus fibras, envenenados en las gotas de su sangre, destrozados y rotos en sus huesos, hasta pasar á otro mundo y caer rebotando en los mares de hielo, en los bosques de llamas, en los laberintos de ruedas, en los abismos de dolores, donde padecerán tormentos sin fin y sin término, corporales y espirituales, entre las carcajadas y los juegos de todos los demonios, y con universal regocijo de todos los infernos.

—Hable V. S. y el mundo entero oirá su voz.

Gritó el último de los cardenales.

—Escribid ahora mismo, dijo el Papa, dirigiéndose al primero de los Cardenales presentes, la bula de excomunion. Llamadles asamblea de bandidos, capaces de quitar á todo el género humano honra y vida, impulsados por el soplo venenoso de cuantos demonios hay esparcidos en tierra, aire, agua, y fuego, por montes y por abismos, para colmar la medida de todas las iniquidades imaginables y desolar con abominaciones sin cuento la Iglesia de Dios y sus eternals dominios. Llamadles hijos de las brujas, padres de los enemigos, escandalosos fornicadores, criminales sin remordimientos, asesinos insaciables, ladrones de las almas como Satanás, violadores de la humana conciencia, destinados al juicio inapelable del Señor como Coré, Dathan y Abiron, para escarmiento de los herejes del mundo, terror de los condenados al infierno, y pesar de los ángeles del cielo, los cuales sentiránse sedientos de inmediata venganza, y abrasados hasta en sus tronos incommovibles por los relámpagos de cólera que lanzarán los airados ojos del Eterno.

—Sí, dijo el primero de los cardenales, que sientan á un tiempo el peso de su culpa y de vuestro castigo; que los hombres se aparten de ellos como

de los apestados y de los leprosos; que las víboras levanten sus áspides para herirlos, y los perros rabiosos afilen y envenenen sus dientes para morderlos; que en las negras nubes bajen bandadas de cuervos carniceros á separarles las carnes vivas de los huesos y á comérselos en pedazos como si fueran ya cadáveres corruptos; que los rayos del cielo azoten sus espaldas mientras las espinas del campo desgarran sus plantas; que tengan los hombres vergüenza de socorrerlos, y todo cuanto haya de tierno y de compasivo en la creacion se aparte de ellos, y todo cuanto hay de duro y de cruel en ellos se cebe con su apetito insaciable y su voracidad inextinguible, hasta exterminarlos y hundirlos en la implacable eternidad de las crueles penas y de las eternas sombras.

—Id en buenhora, dijo el Papa, id todos á redactar esa excomunion y traédmela encendida en vuestras implacables cóleras y venganzas. Que la muerte se cebe en esos rebeldes, y despues de la muerte, el fuego del infierno.

Y los cardenales bajaron la cabeza y se fueron á redactar la excomunion que les habia sido encargada por el Papa. Cuando todavía le temblaban los labios con la vibracion de estas palabras y le ardian las mejillas con el fuego y el ardor de estas cóleras, abrió Eugenio IV un libro de horas y rezos, ilustrado por espléndidas miniaturas, regalo de los novicios de un convento florentino, y leyó: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Amad á los que os aborrecen; interceded por los que os persiguen y os calumnian.»

Cerró Eugenio IV el libro como si le quemara, y á fin de no arrepentirse de su cólera á este aviso de la divina palabra, convirtió la atencion á cosas mucho mas mundanales y llamó con viveza á su tesorero.

—¿Cómo andamos de dinero?

—Muy mal, Santidad, muy mal.

—¡Ah!

Suspiró profundamente el Papa.

—Esos prelados y esos príncipes griegos se nos han comido por un pié.

—Sí, son voraces.

Observó Eugenio IV.

—Diríase que no habian catado el pan en toda su vida, segun han venido aquí de hambrientos á sacar la tripa de mal año.

—Mi autoridad se ha glorificado mucho con su presencia.

Observó severamente el Papa.

—No lo niego; pero se ha resentido mucho vuestro tesoro.

—Y ahora hay que conducirlos nuevamente á sus estados.

—Pues estamos frescos.

—No tiene remedio. Ocorre á todas estas necesidades inmediatamente.

—Señor; para tanto gasto necesitaria V. S. tener á mano la antigua fa-

bulosa Hesperia, donde se cuenta que eran de oro y plata hasta las cacerolas de las cocinas.

—Promulga unas cuantas indulgencias y vende unos cuantos beneficios.

—Pero ni eso siquiera dá gran cosa desde que han promulgado tantas herejías los Padres de Basilea.

—¡Infames! Empobrecer de esta suerte la Iglesia de Dios.

—Ya vé V. S. lo que han hecho con la mayor de nuestras rentas, con las annatas.

—Las han echado por la ventana.

—So pretexto de que solo servían para las Cruzadas y de que ya no hay Cruzadas, han limpiado como una patena el tesoro pontificio.

—Y los pueblos obedecen al Concilio.

—En diciéndoles que no paguen, los pueblos obedecen á todo el mundo.

—¿Aun á riesgo de sus almas?

—Mucho me cuesta decírselo á V. S.; aun á riesgo de sus almas.

—Diantre.

—¿Qué le pasa á V. S.?

—Pues la natural extrañeza de ver como las proposiciones más heréticas se deslizan hasta mi propia cámara.

—Yo, Señor, no apruebo que tal suceda; pero digo que sucede. Y como nadie lo experimenta de una manera tan viva cual esté vuestro siervo, nadie cual este vuestro siervo se queja.

—Dejémonos de quejas y vamos al grano.

—Pues vamos al grano.

—Dinero para los griegos.

—No lo tengo ni para griegos ni para romanos.

—Ya ves, hay que reembarcar y conducir hasta Constantinopla una Iglesia ambulante compuesta de veintiun prelados, y un Imperio compuesto de un Emperador y setecientos cortesanos.

—Las carnes se me abren solamente de pensarlo. Y que no son amigos del fausto y de las fiestas los tales señores. Han arruinado la Señoría de Venecia en los tres dias que han vivido allí, siempre de regocijo y de jolgorio.

—Tienes razon.

—V. S. mismo en el festin que ha dado para celebrar la vuelta de esos Hijos pródigos á la casa paterna, ha consumido un reino.

—Y como no bastan ni la palabra ni el ejemplo; como el Espíritu Santo mismo nos aconseja el impeler á los inciertos con alguna coaccion material á entrar en su Iglesia; para que firmaran el acta por la cual ha caído la pared separatoria entre las dos grandes comunidades cristianas, he tenido que prometer, además de todos esos gastos de ida y vuelta, el sustento de la guarnicion de Constantinopla, el envío de cuatro galeras, la obligacion de

procurar todo el dinero que necesiten á la primera notificacion que dirijan

—¡Cielo Santo!

—¿Te asustas?

—¿Pues no he de asustarme, Santidad?

—La palabra imposible no consta en el diccionario de los sucesores de San Pedro.

—Y sobre todo en el particularísimo que para su uso propio tiene la Santidad de Eugenio IV.

—¿Qué quieres? He llegado hasta ceñirme la tiara, sueño irrealizable. He visto venir á mis plantas el Imperio fundado por Constantino. He borrado para siempre la herejía de Phocio. He concluido un cisma. Despues de esto solo falta.....

—Dinero.

—No me despeñes de estas alturas á esa triste realidad.

—Mi deber consiste en advertir á V. S. del estado de su tesoro y cumplo mi deber.

—Promulgaremos nuevas indulgencias. Abriremos un jubileo al cual vengan todos los católicos. Tocaremos á rebato para reunir una nueva Cruzada con ánimo decidido, ó bien de defender á Constantinopla, ó bien de recobrar á Jerusalem. Y la cristiandad entera tendrá sus manos llenas de presentes y riquezas al Papa mas asistido del Espíritu Santo, puesto que él y solo él ha cerrado el Cisma entre las dos Iglesias separadas y devuelto su unidad al mundo cristiano.

—Y no quisiera, Señor, entibiar en nada el justo entusiasmo de V. S. Mucho menos quisiera oponer objecion ninguna á cuanto sale de esa boca divina, por cuyo conducto habla el Espíritu Santo. Pero no dude V. S. que la fé católica se entibia. No dude, que si el cisma de Oriente se ha cerrado, el cisma de Occidente parece todavía abierto en las rivalidades y en los combates de los Concilios. ¡Ah! Los pueblos no saben á qué asamblea creer, como hace poco no sabian á qué Papa seguir. Esta incertidumbre de los ánimos engendra necesariamente penuria de los tributos. Cuando V. S. propone, sirve para un tiempo remoto, para un espacio largo; no sirve, no puede servir en este momento de angustias y de apuro.

Al decir estas últimas palabras el tesorero, la voz de uno de los Ugieres del Papa grita:

—Cosme de Médicis.

—Dios nos lo envia.

Exclamó Eugenio IV.

—Es el único que puede sacar á V. S. de apuros.

—Y luego te desharás en lamentaciones sobre el estado de angustia y de penuria en que la iglesia se encuentra, cuando el Papa tiene para su digni-